

Aguirre Rojas, Carlos Antonio, *Pensamiento histórico e historiografía del siglo XX. Ensayos introductorios*, Rosario, 2000, Prohistoria & Manuel Suárez editor, 264.

Se trata de una recopilación de nueve estudios epistemológicos, con muy abundante bibliografía, de este investigador de la mexicana UNAM, publicados en revistas americanas y europeas, en esencia sobre el impacto sufrido por las ciencias sociales a raíz del movimiento contestatario de 1968, que supuso, por una parte, cantidad de propuestas para alcanzar una vinculación más estrecha entre las distintas disciplinas y, por la otra, muchos debates metodológicos cuestionando la génesis del sistema todavía dominante.

Aguirre empieza preguntándose, como ha hecho y hace tanto estudioso, cuándo surgió la modernidad, el orto del modo de producción capitalista o la sociedad burguesa, su cultura y su proyecto político, trayendo la estructuración de un mercado mundial, sumisión de todos los pueblos y naciones a un solo programa civilizatorio, el suyo por supuesto, que habría implicado un colosal salto hacia adelante, lineal, inexorable, progresivo y total y la universalización de la misma historia de la humanidad.

El autor enfatiza asimismo que el sistema capitalista alardea de incesantes incrementos de productividad o de domar, controlar y someter a la naturaleza, todo ello afectando a las ciencias naturales que deben derivar a funciones por encima de todo prácticas y a las ciencias sociales gestando una historia útil e instrumental, objetiva y enjuiciante, encargada de identificar nacionalidades, formar ciudadanos según pautas concretas o justificar, legitimar y ritualizar el poder. Una variante académica que alcanzó el cénit en el 19 con la hegeliana filosofía de la historia, que no consiguieron modificar ensayos posteriores de Spengler o Toynbee y se alargó, autollamándose erudita, objetiva y positivista, en una etapa secular sin progreso cualitativo alguno, sumida en el descrédito y la decadencia. Atasco coincidente, y no es casualidad, con el surgimiento de un pensamiento crítico, para Aguirre liderado por el marxismo, que sugeriría, frente al positivismo, una descripción interpretativa y explicativa del devenir humano.

Aguirre denuncia, ni que sea concisamente, que la globalización de la filosofía de la historia burguesa o capitalista supuso encerrar en el desván del olvido muchas otras alternativas que antes de la expansión occidental eran muy diversas; o que el afán imperialista de los científicos sociales implicó que cada una de sus propuestas pretendiera tener la preeminencia sobre las demás en el estudio del pasado. Y sugiere que en la búsqueda de un nuevo y actual sistema de saberes, para ensayar realizar una síntesis, se deberían recuperar, y a la vez, trascender, el universalismo abstracto y el particularismo experimental, lo que él sostiene ha intentado y conseguido el marxismo.

El trabajo se divide en diez capítulos distribuidos en dos partes: en una detalla el impacto de las insurgencias del 68 sobre la historiografía occidental; aportaciones de la francesa entre 1985 y 1995; su recepción en Latinoamérica, pero

en un período asaz más largo, adelantando la primera fecha a 1870; contribuciones europeas en 2000. La segunda parte, de monografías temáticas, aborda la historia de las mentalidades, la biografía, las propuestas de Norbert Elias y, finalmente, una reflexión sobre la repercusión de la revuelta que estalló en Chiapas, que él califica de movimiento social de nuevo tipo.

Miquel Izard

Ansaldi, Waldo (edit.), *Tierra en llamas. América Latina en los años 1930*, La Plata, 2002, Ediciones Al Margen, 285.

Esta entrega se presenta modestamente como un utilitario y precipitado manual para universitarios sobre una década importante del pasado de América Latina e incluye trabajos resultantes de dos núcleos académicos de investigación de Sociología de la UBA que coordina el editor, lo que, junto con razones de espacio, explicaría que varios epígrafes den supremacía a lo político por sobre lo económico o que se echen de menos contribuciones acerca de cuestiones de gran trascendencia como la Guerra del Chaco y sus repercusiones en Bolivia y Paraguay, o que haya tres capítulos, muy interesantes, sobre Uruguay y falten de otras repúblicas.

Ansaldi detalla un período en el que Getulio Vargas fue protagónico en Brasil, nuevos movimientos urbanos que hicieron tambalear la supremacía de la oligarquía, el antagonismo entre quienes se limitaban a exigir democracia política y los que la querían social, o actuación de todas las variantes estatales desde el fascismo al comunismo. Dutrény y Caetano citan el Uruguay, aquélla mudanzas en el estado redistributivo batllista cuando asomaron dos nuevas alternativas, socialista y comunista, facilitando la autonomía, frente al estado, de los actores sociales, el autogolpe de Terra y sus secuelas; mientras Caetano incide sobre la cuestión, consecuencias de la crisis del 29, y readaptación de un país cuyos políticos alardeaban de gobernar una balsa de aceite. Alabart explica la singularidad chilena, donde la crisis, continental, del sistema de dominación oligárquico se resolvió con la llegada al poder del Frente Popular. Funes narra el complejo y confuso surgimiento y primeros momentos del APRA en Perú, el PAP, tras su fundación en México, que a poco de creado devino un notable partido de masas. Giordano analiza cómo el liberalismo, tanteando modernizar Colombia, utilizó movimientos campesinos y probó domarlos valiéndose de relaciones clientelares, sin olvidar el protagonismo jugado por Gaitán o el rol del café. Aruj estudia cómo el controvertido dictador Gómez (académicos que se llaman progresistas